

de la laguna al Nombre de Dios, con propósito de dañar por allí el partido de Pizarro y de Francisco de Carabajal, que mal quería; entró casi sin que lo viesen, cercó y puso fuego á las casas de Hernando Mejía y de su suegro don Pedro de Cabrera, que allí estaban con gente por Hinojosa y Pizarro: ellos huyeron á Panamá, y él se apoderó del lugar y hizo lo que quiso con trecientos soldados que juntó. Quejaronse los vecinos del Nombre de Dios al doctor Ribera de los daños, costa y agravios que Verdugo les hacia en su jurisdicción: él pidió favor á Hinojosa para lo castigar; Hinojosa le dió ciento é cuarenta arcabuceros, y se fué con él: tomaron las escuchas de Verdugo, y sabiendo cuán pujante y fuerte estaba, lo requirió el doctor que se fuese de allí, haciendo primero enmienda de los daños y gastos hechos; y como le respondió soberbiamente, arremetieron á ellos arcabuceros de Hinojosa, y retrajéronlo á la mar, donde tenia una nao y barcos á tierra pegados, hiriendo y matando. Verdugo, aunque peleó bien con sus trecientos hombres, se metió en la nao é huyó; Hinojosa dejó allí á don Pedro de Cabrera y á Hernán Mejía como antes los tenia, y volvióse á Panamá.

Robos y crueldades de Francisco de Carabajal con los del bando del Rey.

Lope de Mendoza, enojado porque le habian quitado su repartimiento, empujó á Diego Centeno, de Ciudad-Rodrigo, alcalde de la villa de la Plata, en que matasen á Francisco de Almendras, teniente de Pizarro, y se alzasen por el Rey. Centeno, que muy contento se estaba, vino en ello por no ser notado de traidor y cobarde; ca era valiente hombre, y juntó en su casa secretamente á Lope de Mendoza, Luis de Leon, Diego de Rivadeneyra, Alonso Perez de Esquivel, Luis Perdomo, Francisco Negral, y otros cuatro ó cinco, y dijoles que queria matar á Francisco de Almendras, que habia quitado los repartimientos á muchos y muerto á don Gomez de Luna, y alzarse por el Rey con aquella villa y tierra: ellos, loando la determinacion, respondieron que le ayudarian; él entonces se fué con Lope de Mendoza, que le habia puesto en aquello, á casa del Francisco de Almendras, su vecino y amigo; dijole que habia sabido cómo el Virey tenia preso á Gonzalo Pizarro en el Quito; y como se turbó con la nueva, abrazóse con él diciendo: «Sed preso.» Sobrevinieron sus diez compañeros, é degolláronlo, con un criado suyo y con otros que loaran la prision del Virey; pusieron la justicia y bandera por el Emperador, é hicieron capitán general á Diego Centeno; el cual convocó gente de guerra, dióle paga de su hacienda y de la del Rey, tomó por maestro de campo á Lope de Mendoza y por sargento á Hernán Nuñez de Segura; pregonó guerra contra Pizarro, y caminó para el Cuzco con docientos españoles á caballo y á pié, pensando hacer allí otro tanto; mas como salió á él Alonso de Toro, teniente del Cuzco por Pizarro, con trecientos hombres, dió la vuelta, y como le dejaron por ella los soldados, metióse á las montañas, no osando parar en los Charcas. Alonso de Toro lo siguió, robó los Charcas, puso en la Plata con gente á Alonso de Mendoza, y tornóse al Cuz-

co, donde ahorcó á Luis Alvarez y degolló á Martín de Candía porque hablaban mal de Pizarro. Diego Centeno, des que lo supo, volvió sobre la Plata, rogó á Alonso de Mendoza que, pues era caballero, siguiese al Rey; y como no lo quiso escuchar, ganó la villa, reformó el pueblo, relizó el ejército, púsose en campo. Alonso de Mendoza se retiró con treinta hombres casi cien leguas sin perder un hombre. Es Alonso de Mendoza uno de los señalados hombres de guerra que hay en el Perú, con quien ninguna comparacion tenia Centeno ni Carabajal. Sabiendo Gonzalo Pizarro la muerte de Francisco de Almendras y alzamiento de Centeno, por carta de Alonso de Toro, que trujo Machin de Vergara, envió del Quito á la Plata, que hay quinientas leguas, á Francisco de Carabajal con gente á castigar á Centeno y á los otros que contra él se habian mostrado. Carabajal fué robando la tierra so color de pagar su gente y los gastos de Pizarro hechos contra Blasco Nuñez; ahorcó en Guamanga cuatro españoles sin culpa, y en el Cuzco cinco, entre los cuales fueron Diego de Narvaez, Hernando de Aldana y Gregorio Setiel, hombres riquísimos y honrados; tomóles sus repartimientos, diólos á sus soldados, y caminó para Centeno, publicando que no le queria hacer mal, sino reducirlo en gracia de Pizarro. Centeno rehusó su vista y habla; dejó en Chaian, donde tenia el real, á Lope de Mendoza con la infantería, y salióse al camino con ciento de caballo; dió sobre Carabajal una noche apellidando al Rey, ca pensaba que se le pasarian muchos oyendo aquella voz, entre tanto que decian: «¡Arma, arma!» empero ninguno se le pasó. Trató una escaramuza, como fué salido el sol, por el mesmo efeto; mas como los vió tan firmes, tornóse á Chaian, desconfiado de poder guardar la tierra por el Rey. Carabajal corrió tras él, desbaratóle y siguióle hasta Arequipa, que hay ochenta leguas, ahorcó en el alcance doce españoles, y los mas sin confesion. Diego Centeno, aunque iba huyendo, levantaba la tierra contra Pizarro, diciendo que se guardasen del cruel Carabajal; hizo escribir á don Martín de Utrera una carta para el Cuzco, en que decia cómo Diego Centeno habia muerto á Francisco de Carabajal, y que iba sobre ellos. Alonso de Toro creyó la carta, por ser vecino de aquella ciudad el don Martín, y huyó dende con los mas que pudo; pero luego tornó, sabida la verdad, y ahorcó á Martín de Salas, que alzó banderas por el Rey, y á Martín Manzano, Hernando Diez, Martín Fernandez, Baptista el Galan, y Sotomayor, y otros que mostrado se habian contra Pizarro. De que Centeno tan perseguido se vió de Carabajal, y con no mas de cincuenta compañeros, envió los quince con Diego de Rivadeneyra por un navío en que salvarse; mas no le dió tanto vagar su enemigo; y como se vió perdido y casi en las manos de Carabajal, lloró con sus treinta compañeros la desventura del tiempo; abrazólos, y rogándoles que se guardasen del tirano, se partió dellos, y se fué á esconder con un su criado y con Luis de Ribera á unos lugares de indios que tenia Cornejo, vecino de Arequipa: cada uno echó por do mejor le pareció, temiendo morir presto á cuchillo ó hambre. Lope de Mendoza se fué con doce ó quince dellos á unos pueblos suyos, juntó hasta cuarenta españoles; y que-

riendo meterse con ellos en los Andes, que son asperísimas sierras, supó de Nicolás de Heredia, que venia con ciento y cuarenta hombres, de la entrada que hicieron Diego de Rojas y Felipe Gutierrez el rio de la Plata abajo en tiempo de Vaca de Castro, y juntóse con él, y entrambos se hicieron fuertes y á una contra los pizarristas. Carabajal fué con sus cuatrocientos soldados en sabiéndolo, y púsose á vista como en cerco. Lope de Mendoza, confiando en muchos caballos que tenia, dejó el lugar fuerte, por ser áspero ó porque no le cercasen y tomasen por hambre, y asentó real en un llano. Carabajal, con un ardid que hizo, se metió en la fortaleza, escarnesciendo la ignorancia de los enemigos. Lope de Mendoza, queriendo enmendar aquel error, con osadía acometió la fortaleza luego aquella noche con los peones por una puerta, y Heredia por otra con los caballos: los de pié entraron gentilmente y pelearon matando y muriendo; los de caballo no atinaron á la puerta con la gran oscuridad de la noche, y conviéndose retirar y huir. Carabajal fué herido de arcabuz en una nalga malamente; mas ni lo dijo ni se quejó hasta vencer y echar fuera los enemigos: curóse y corrió tras ellos; alcanzólos á cinco leguas, orillas de un gran rio; y como estaban cansados y adormidos, desbaratólos fácilmente; prendió muchos, ahorcó hartos, y degolló al Lope de Mendoza y á Nicolás de Heredia; despojó los Charcas, saqueó la Plata, ahorcando y descuartizando en ella nueve ó diez españoles de Lope de Mendoza que halló allí; fué á Arequipa, robóla y ahorcó otros cuatro; caminó luego al Cuzco, y ahorcó otros tantos. Hacia tantas crueldades y bellaquerías, que nadie osaba contradecirle ni parecer delante.

La batalla en que murió Blasco Nuñez Vela.

Después de lanzado el Virey, y despachados Hinojosa á Panamá y Carabajal contra Centeno, se estuvo Gonzalo Pizarro en Quito, festejando damas y cazando, y aun dijeron que matara un español por gozar de su mujer; y Francisco de Carabajal le dijo, á la que se partia, que se hiciese y llamase rey si queria bien librar, ó porque siempre fué deste consejo, ó por soldar la quiebra de no acabar al Virey en Caxas: tomó aviso de lo que Blasco Nuñez hacia en Popayan, y procuró de engañarlo, y engañólo desta manera: tomó los caminos para que nadie pasase á él sino por su mano, publicó que se volvía á Lima, y porque lo creyesen en Popayan, hizo á unas mujeres de Quito escribir á sus maridos, que allá estaban, cómo era vuelto. Esto negoció Puelles, que por ausencia de Carabajal era maestro de campo. Lo mesmo escribió una espía del Virey, que tomaron por dádivas y por miedo. Blasco Nuñez creyó, por las muchas cartas, que Pizarro era vuelto á lo de Centeno, considerando la razon que habia para no dejar la riqueza y grandeza del Perú en aquellas alteraciones, por guardar la frontera de Quito. Habia llegado Blasco Nuñez á Popayan muy destrozado, y aun en el camino se comiera ciertas yeguas por hambre. Maldijo la hora que al Perú viniera y los hombres que halló en él, tan corajudos y desteales. Quería vengar su saña, y no tenia posibilidad; sintia mucho la prision de su hermano Vela Nuñez, y pérdida de los veinte mil castellanos que

Hinojosa tomara. No confiaba de todos los que tenia; pero no perdia esperanza de prevalecer en el Perú, entrando en Quito y después en Trujillo; y así, como creyó que Pizarro se habia tornado á los Reyes, se aderezó para entrar al Quito con hasta cuatrocientos españoles, que bastaban para trecientos que habia allí, segun decian; y por mucho que algunos se lo contradijeron, no quiso otra mayor certidumbre, ca el tiempo descubre los secretos. Estaba Joan Marqués en un su lugarejo con ciertos soldados, veinte y cuatro leguas de Quito; espía con sus indios á Blasco Nuñez, y avisaba á Pizarro cada dia. Nunca Blasco Nuñez supo de Pizarro, que fué grandísimo descuido, hasta Otavalo, nueve leguas de Quito, ó mas cerca, que se lo dijo Andrés Gomez, espía. Pizarro, dejando á Quito, se fué á poner real cuatro leguas de la ciudad, á par del rio Guailabamba, en lugar fortísimo, por seguridad, y por impedir ó vencer allí al enemigo. Blasco Nuñez entendió el intento, reconoció el sitio, hizo muestra de subir, mandando bajar al rio alguna gente; encendió muchos fuegos para desmentir los enemigos, y fuése á prima noche por lugares asperísimos y sin camino; anduvo toda la noche con gran diligencia, y á mediodía entró en Quito, que sin guarnicion estaba. Informado de la gente y fortaleza de Pizarro, temió él y su ejército. Aconsejábanle el adelantado Sebastian de Benalcázar, el oidor Juan Alvarez, y otros, que se entregase á Pizarro con ciertos buenos partidos. Blasco Nuñez, respondiendo que mas queria morir, y animando á los soldados, fué contra Pizarro con mas ánimo que prudencia; ca si en Quito se fortificara, se defendiera, á lo que dicen; pero él no queria que le cercasen, por no ser preso y muerto, sino pelear en campo, por salvarse si vencido fuese; ordenó desta manera su gente: puso todos los peones en un escuadron, dejando algunos arcabuceros sobresalientes, que trabasen la escaramuza; y encomendólos á Juan Cabrera, su maestre de campo, y á los capitanes Sancho Sanchez de Avila, Francisco Hernandez de Cáceres, Pedro de Heredia, Rodrigo Nuñez de Bonilla, tesore-ro. Hizo de los caballos dos escuadrones: el mayor y mejor tomó él, y dió el otro á Cepeda de Plasencia, y á Benalcázar y á Bazan. Pizarro siguió aquella mesma orden, porque la reconoció primero. Tenia setecientos españoles; los docientos eran arcabuceros, y los ciento y cuarenta de caballo: puso á la mano izquierda, delante, á Guevara con sus arcabuceros, y luego los piqueros, tras quien iba el licenciado Cepeda, Gomez de Albarado y Martín de Robles con hasta ciento de caballo, los mas principales de la lueste. Llevaron la mano derecha Juan de Acosta, con arcabucos, y tras él los piqueros, y al cabo el licenciado Carabajal, Diego de Urbina, Pedro de Puelles, que capitaneaban cada trece ó cada quince de caballo. Cubrió Pizarro por esta forma la caballería con las picas, que fué ardid, y estúvose quedo. Blasco Nuñez, que traia cólera, comenzó la pelea. Jugaron sus arcabucos los pizarristas, y mataron muchos contrarios, y entrellos á Juan de Cabrera, á Sancho Sanchez y al capitán Cepeda. Desatinaron con esto los de caballo, y juntáronse todos con el Virey, y juntos arremetieron al escuadron del licenciado Carabajal, y rompiéronlo, derribando algunos; y Blasco

Núñez derrocó á Alonso de Montalvo, zamorano. Viendo esto arremetió á ellos el escuadrón de Cepeda por detrás de su infantería, y como los tomó de través, fácilmente los desbarató. Huyeron, viéndose perdidos; siguiéronlos Cepeda, Albarado y Robles, y no se les fué hombre dellos, si no fueron Iñigo Cardo y un Castellanos; mas después trajeron de Pasto al Castellanos y lo ahorcaron, y al Iñigo Cardo mató el licenciado Polo en los Charcas. Húbose Pizarro con los vencidos piadosamente; no mató sino á Pedro de Heredia, Pero Bello, Pero Anton, Iñigo Cardo, que lo dejaron por el Virey; fué también fama que dieron yerbas al oidor Juan Alvarez, con que murió. Desterró á cuantos pensaba que le serian contrarios, por no matarlos, como algunos se lo aconsejaron; y después se arrepintió. Soltó á los demás, y ayudó con armas y dineros á muchos, como fué Sebastian de Benalcázar, para volver á su gobernación de Popayan, no mirando á lo que habia hecho contra su hermano Francisco Pizarro, que se le alzó; así que ni la batalla ni la victoria fué cruel, ni murieron mas de cinco ó seis de los de Pizarro. Hernando de Torres, vecino de Arequipa, encontró y derrocó á Blasco Nuñez, y aun en el alcance, según algunos, sin conocerlo; ca llevaba una camisa india sobre las armas. Llególe á confesar Herrera, confesor de Pizarro, como lo vió caído: preguntóle quién era, que tan poco lo conocía; díjole Blasco Nuñez: «No os va en eso nada; haced vuestro oficio.» Temíase alguna crueldad. El caballo en que peleó tenía catorce clavos en cada herradura, por lo pensaron muchos que quisiera huir viéndose desbaratado. Un soldado que fuera suyo lo conoció y lo dijo á Pedro de Puelles, y Puelles al licenciado Carabajal, para que se vengase. Carabajal mandó á un negro que le cortase la cabeza; por qué Puelles no le dejó apear, diciendo ser baja; y el mismo Puelles tomó la cabeza, y la llevó á la picota, mostrándola á todos. Dicen que le pelaron las barbas algunos capitanes, y las guardaron y trajeron por empresa. Pizarro mandó llevar á casa de Vasco Xuarez, que era de Avila, el cuerpo y la cabeza, como supo que estaba en la picota, y otro día lo enterraron honradamente; y trajo luto Pizarro. También pagaron después en dinero la muerte del Virey á sus hijos los que le mataron.

Lo que Blasco Nuñez dijo y escribió á los oidores.

Decía muchas veces Blasco Nuñez que le habian dado el Emperador y su consejo de Indias un mozo, un loco, un necio, un tonto por oidores, y que así lo habian hecho, como ellos eran. Mozo era Cepeda, y llamaba loco á Joan Alvarez, y necio á Tejada, que no sabia latin. Desde Panamá comenzaron á estar mal los oidores y el Virey sobre si era su superior ó no, y sobre la manera del proveer cosas de justicia y gobernación, á causa que unas provisiones hablaban con presidente y oidores, y otras con solo el Virey. Trajo Joan Alvarez su amiga, que de Castilla llevaba, del Nombre de Dios á Panamá en hamaca, y enojóse del Virey porque se lo afeó. Libraron pleitos, soltaron y prendieron hombres, sin ser recibidos por oidores; y Joan Alvarez tuvo en Trujillo á un caballero sobre un asno, y le diera cien

azotes, sino por buenos rogadores. Cargaban indios de su ropa sin pagarlos, contra las ordenanzas. Porque Alonso Palomino, alcalde ordinario de Sant Miguel, no se apeó y acompañó á Joan Alvarez, fué reprehendido y aun afrentado de palabra. Comieron muchos días á costa de sus huéspedes, hombres ricos y que se habian de reformar, por sus excesivos repartimientos, como era Cristóbal de Búrgos; y aun echar del Perú los cristianos nuevos, conforme á una provision del Emperador. Decian por el camino que no eran justas las ordenanzas, y que no las pudo hacer el Rey con derecho, ni ejecutar el Virey, y que no valia nada cuanto sin ellos hacia, por mas que lo autorizase con el nombre del Emperador. Salíanse al campo á tratar contra el Virey, como que iban á pasearse, porque no les impidiese el la congregación. Nunca holgaron que hubiese concordia entre Blasco Nuñez y Gonzalo Pizarro, ni firmaron de buena gana el perdón y seguro, que llevó el provincial dominico, para los que se pasasen al Rey; ni el que pidió Baltasar de Loaisa, porque exceptaba á Pizarro y al licenciado Carabajal y á otros pocos, diciendo que semejantes delitos solo el Rey perdonarlos podía. Loaban á don Diego de Almagro, porque se habia puesto en otro tanto como Gonzalo Pizarro, cuyo partido justificaban. Dejáronse sobornar de Benito Martin, capellan de Pizarro, y pidieron cada seis mil castellanos de salario por año, si no, que no harian mas audiencia de cuanto durase el de 44. Oían pleitos sobre indios antes y después de haber prendido al Virey, contra la cédula, ordenanza y voluntad del Emperador; diciendo que no podian negar justicia á quien la pedia. Tomaron á Blasco Nuñez todas sus escrituras, por se aprovechar de las que hablaban con presidente y oidores. Pidió Blasco Nuñez el guion, estando preso, porque no lo podía traer sino virey y capitan general, y Cepeda dijo que lo habia él menester, pues era gobernador presidente y capitan general. Estas y otras cosas escribió al Emperador Blasco Nuñez, y ellos mismos confirmaron muchas dellas con los desatinos que hicieron, según la historia cuenta. Aunque tambien decian ellos que no podian sufrir la recia condicion de Blasco Nuñez, que los apocaba y ultrajaba de palabra, y que no le mandaron prender; y que no lo soltaron, pensando acertar á servir mejor al Emperador, y que no pudieron hacer al con Gonzalo Pizarro, que los matara. Pero no fueron tan creidos, con el fin que tuvieron los negocios, como fué Blasco Nuñez en la carta que escribió al Emperador con Diego Alvarez Cueto, su cuñado, desde Túmbez.

Que Gonzalo Pizarro se quiso llamar rey.

Nunca Pizarro, en ausencia de Francisco de Carabajal, su maestro de campo, mató ni consentió matar español sin que todos ó los mas de su consejo lo aprobasen, y entonces con proceso en forma de derecho, y confesados primero. Mandó con prisiones que no cargasen indios, que era una de las ordenanzas, ni rancheasen, que es tomar á los indios su hacienda por fuerza y sin dineros, so pena de muerte. Mandó asimismo que todos los encomenderos tuviesen clérigos en sus pueblos para enseñar á los indios la doctrina cristiana,

so pena de privación del repartimiento. Procuró mucho el quinto y hacienda del Rey, diciendo que así lo hacia su hermano Francisco Pizarro. Mandó que de diez se pagase uno solamente, y que pues ya no habia guerra, muerto Blasco Nuñez, que sirviesen todos al Rey, porque revocase las ordenanzas, confirmase los repartimientos y les perdonase lo pasado. Todos entonces loaban su gobernación, y aun Gasca dijo después que vió los mandamientos, que gobernaba bien, para ser tirano. Este buen gobierno duró, como al principio dije, hasta que Pedro de Hinojosa entregó la armada á Gasca, que fué poco tiempo; que después muy al revés anduvieron las cosas; ca escribieron á Pizarro, Francisco de Carabajal y Pedro de Puelles, que se llamase rey, pues lo era, y no curase de enviar procuradores al Emperador, sino tener muchos caballos, cosolletes, tiros y arcabuces, que eran los verdaderos procuradores; y que se aplicase á sí los quintos, pueblos y rentas reales, y los derechos que Cobos, sin merecellos, llevaba. No le pesó desto á Pizarro, ca todos querrian ser reyes; mas no osó declararse por rey, aunque muchos otros lo acosaban por ello, á causa de algunos grandes amigos suyos que se lo afeaban; ó por esperar que vienesen Carabajal de los Charcas, y Puelles de Quito, que eran los que lo habian de hacer. Entonces no salia nadie del Perú sin su licencia, ni sacaba oro ni plata sin perder la vida. Mataban sin justicia ni confesion; quitaban las vidas por las haciendas; quitaron los derechos de la escobilla á Cobos, que valian treinta mil castellanos. Unos decian que no darian al Rey la tierra si no les daba repartimientos perpetuos; otros que harian rey á quien les pareciese, que así habian hecho en España á Pelayo y Garci Jimenez; otros que llamarian turcos, si no daban á Pizarro la gobernación del Perú, y soltaban á su hermano Fernando Pizarro; y todos, en fin, decian cómo aquella tierra era suya, y la podian repartir entre sí, pues la habian ganado á su costa, derramando en la conquista su propia sangre.

De cómo Pizarro degolló á Vela Nuñez.

Hizo Pizarro justicias de tres vecinos de Quito, que seis meses habia estaban condenados por el licenciado Leon; cuyos repartimientos y mujeres dió luego á otros, según dicen algunos. Otros que loan su clemencia, lo niegan. Ordenó las cosas de aquella ciudad y territorio, y fué á los Reyes como cabeza del Perú, para residir allí y gobernar todo lo demás. Tres leguas antes de llegar á Lima, donde le hiciera grandes fiestas don Antonio de Ribera, lo alcanzó Diego Velazquez, mayordomo de Hernando Pizarro, con cartas de Pedro de Hinojosa, y de otros capitanes que estaban en Panamá; en las cuales le avisaban el vencimiento de Verdugo y la venida de Gasca. Alababa mucho Hinojosa á Gasca en dos cartas, y ofreciase á sacarle lo que traía, por mas callado ni astuto que fuese, con buenos medios que tenía; y si no trujese lo que les cumplia, que lo mataria de presto. Estas cartas destruyeron á Pizarro, que se confió y descuidó, teniendo su negocio por hecho, ó con firmeza de Hinojosa, ó con partido que hiciera; ca ciertamente, si Hinojosa le escribiera que obedeciera á Gasca, lo hiciera; porque ya él estaba de-

terminado á ello por consejo de sus capitanes y letrados, que podian mucho con él, en ausencia de Francisco Carabajal; así que, confiado de Hinojosa, no temia revés ninguno de la fortuna ni hacia caso de Gasca; sino que todo era fiestas, juegos de cañas y pasatiempos, aunque con atención al gobierno. Acusaron en este tiempo á Vela Nuñez, hermano del Virey, y cortáronle la cabeza. El trato salió de Juan de la Torre. Tenia Joan de la Torre mas de cien mil castellanos en barrillas y tejuelos de oro limpio, y un cofre de esmeraldas finas que habia habido de los indios por su gentil astucia, sin les hacer mal; ca les halló una riquísima sepultura y tesoro. Deseaba venirse á España con ello, y no se atrevia por Pizarro, ó por no confiarse de nadie. Trató el negoció con Vela Nuñez, para que se fuesen ambos en un navío de Pizarro. Sobrevino en esto la nueva que iba Pero Hernandez Paniagua con despachos de Gasca, en que hacia gobernador á Pizarro, y acordó de vender á Vela Nuñez por ganar la gracia de Pizarro; y para mas engañarle, puso en poder del guardian de Sant Francisco veinte y cinco mil castellanos, y juróle sobre una hostia consagrada, delante el mismo fraile, de no lo descubrir; ca Vela Nuñez se recelaba mucho de lo que fué; y dende á tres ó cuatro dias lo dijo á Pizarro. El le mandó que continuase el trato para saber quiénes eran con Vela Nuñez. Prendieron algunos, que con tormento confesaron el negoció, y degollaron á Vela Nuñez sin darle tormento, que lo tuvo en mucho, y mas aún que muchos querian, á persuasión del licenciado Carabajal, que le temia por haber usado de crueldad con su hermano Blasco Nuñez.

Ida del licenciado Pedro Gasca al Perú.

Como el Emperador entendió las revueltas del Perú sobre las nuevas ordenanzas y la prisión del virey Blasco Nuñez, tuvo á mal el desacato y atrevimiento de los oidores que lo prendieron, y á deservicio la empresa de Gonzalo Pizarro; mas templó la saña por ser con apelación de las ordenanzas, y por ver que las cartas y Francisco Maldonado, que Tejada muriera en la mar, echaban la culpa al Virey, que rigorosamente ejecutaba las nuevas leyes sin admitir suplicación, y tambien porque le habia él mismo mandado ejecutarlas, sin embargo de apelación, informado ó engañado que así cumplia al servicio de Dios, al bien y conservación de los indios, al saneamiento de su conciencia y augmentación de sus rentas. Sintió, eso mesmo, pena con tales nuevas y negocios, por estar metido y engolfado en la guerra de Alemania y cosas de luteranos, que mucho lo congojaban; mas conociendo cuánto le iba en remediar sus vasallos y reinos del Perú, que tan ricos y provechosos eran, pensó de enviar allá hombre manso, callado y negociador, que remediase los males sucedidos, por ser Blasco Nuñez bravo, sin secreto, y de pocos negocios; finalmente, quiso enviar una raposa, pues un leon no aprovechó; y así, escogió al licenciado Pedro Gasca, clérigo de Navaregadilla, del consejo de la Inquisición, hombre de muy mejor entendimiento que dispusición, y que se habia mostrado prudente en las alteraciones y negocios de los moriscos de Valencia.

Dió los poderes que pidió, y las cartas y firmas en blanco que quiso. Revocó las ordenanzas, y escribió á Gonzalo Pizarro, desde Venlo, en Alemania, por hebre-ro de 1546 años. Partió pues Gasca con poca gente y fausto, aunque con título de presidente, mas con mucha esperanza y reputacion. Gastó poco en su flete y matalotaje, por no echar en costa al Emperador, y por mostrar llaneza á los que del Perú con él iban. Llevó consigo por oidores á los licenciados Andrés de Cianca, y Rentería, hombres de quien se confiaba. Llegó al Nombre de Dios, y sin decir á lo que iba, respondía á quien en su ida le hablaba, conforme á lo que dél sentía; y con esta sagacidad los engañaba, y con decir que si no le recibiese Pizarro, se volvería al Emperador; ca él no iba á guerrear, que no era de su hábito, sino á poner paz, revocando las ordenanzas y presidiendo en la Audiencia. Envió á decir á Melchior Verdugo, que venía con ciertos compañeros á servirle, no viniese, sino que se estuviese á la mira. Ordenó algunas otras cosas, y fué á Panamá, dejando allí por capitán á García de Paredes con la gente que le dieron Hernando Mejía y don Pedro de Cabrera, capitanes de Pizarro, porque se sonaba cómo franceses andaban robando aquella costa y querían dar sobre aquel pueblo; mas no vinieron, ca los mató el gobernador de Santa Marta en un banquete.

Lo que Gasca escribió á Gonzalo Pizarro.

Como Gasca llegó á Panamá, entendió mejor el estado en que la armada estaba, y lo que se decía de Pizarro. Negociaba de callada cuanto podía, y viendo las fuerzas de Pizarro, que, ó se tenían de deshacer con otras mayores ó con maña, escribió á Quito, á Nicaragua, á Méjico, á Santo Domingo y á otras partes por hombres, caballos y armas; y envió al Perú á Pedro Fernández Paniagua, de Plasencia, con cartas para los cabildos, haciéndoles saber su llegada con revocacion de las ordenanzas; y dió una carta del Emperador para Gonzalo Pizarro, de creencia, en que disimulaba sus cosas, y otra suya muy larga y llena de razones y ejemplos, para que dejando las armas y gobernacion, se pusiese en manos del Emperador; cuya suma era que traia revocacion de las ordenanzas, perdon de todo lo pasado, comision de ordenar los pueblos con parecer de los regimientos, en provecho de los españoles é indios; licencia de hacer conquistas, donde los que no tenían, tuviesen repartimientos, oficios y de comer, y que no confiase en los que hasta allí le habian seguido y amado, por cuanto lo dejarían, con el perdon que les daba el Rey, ó le matarían por servir á su alteza; y tambien le apuntó guerra, si la paz despreciaba.

El consejo que Pizarro tuvo sobre las cartas de Gasca.

Entró Paniagua en los Reyes, y dió á Pizarro los despachos de Gasca á tiempo que solo estaba. Pizarro lo trató mal de palabra y no le mandó sentar, de que Paniagua se afrentó. Envió á llamar á Cepeda, que Francisco de Carabajal aun no era venido de los Charcas, para comunicalle las cartas. Cepeda, hallando enojado al uno y corrido al otro, hizo sentar á Paniagua y reprehendió á Pizarro; el cual le respondió, riendo: «Por nuestra

Señora que me enojé porque me dijo que no podría salir con lo que habia empezado.» Cepeda se salió, de que hubieron platicado un buen rato sobre muchos negocios, llevó consigo á Paniagua, y aposentó en casa de Ribera el viejo, donde fué muy regalado, y le dió caballos en que anduviese, que era amigo de correr una carrera y parecer bien á caballo. Hubo muchos corrillos con la venida de Paniagua, y cada uno decía lo que deseaba. Pizarro no dió crédito á las cartas de Gasca ni á las palabras de Paniagua, creyendo muy cierto que todas eran para engañarlo. Llamó todas las personas principales, leyóles las cartas, pidióles sus pareceres, juró sobre una imagen de nuestra Señora que cada uno podía decir libremente su parecer, y propuso el caso. No se confiaron todos; y así, no hablaron muchos dellos con libertad; que si osaran, ó si hubiera cartas de Hinojosa que se dieran, Pizarro se ponía sin duda ninguna en manos de Gasca, porque no estaba allí Francisco de Carabajal para estorbarlo; que era quien le aconsejaba se hiciese rey sin curar del Rey. Lo que mas altercacion fué si dejarían llegar á Gasca ó no, y donde lo matarían, ó allí después de venido, no haciendo lo que quisiesen ellos, ó en Panamá. El parecer mas comun fué que no le dejasen llegar, por ser así la voluntad de Pizarro, que tenía su esperanza en Hinojosa, y aun su fuerza. Algunos dijeron que tambien sería bueno despoblar á Panamá y Nombre de Dios, con otros muchos lugares, para que los reales no tuviesen comida ni servicio, y apoderarse de cuantos navíos hubiese en toda la mar del Sur, para que nadie pudiese entrar en el Perú, y echar quinientos ó mas arcabuceros en Nicaragua, Guatimala, Teocoatepec y Xalisco, que levantasen por Pizarro la Nueva-España y todas aquellas provincias, confiando hallar favor en muchos pobres y descontentos; y si no lo hallasen, robar y quemar los pueblos de la marina, para que tuviesen harto en sus duelos sin curar de los ajenos; empresa peor que la comenzada. Estando pues todos conformes, respondieron juntos en una carta, que así lo quiso Pizarro por autorizar su negocio, y que viese Gasca cómo toda la tierra era con él; y por estar mas seguro dellos, pues metían prendas firmando la respuesta. Firmaron la carta sesenta ó mas hombres principalísimos, y Cepeda el primero, como teniente general de Pizarro en guerra y en justicia.

«Muy magnífico Señor: Por cartas del capitán de la flota Pedro de Hinojosa supimos la venida de vuestra merced, y el buen celo que trae al servicio de Dios nuestro señor y del Emperador, y al bien desta tierra. Si fuera en tiempo que no hubieran acontecido tantas cosas en esta tierra como han, después que á ella vino Blasco Nuñez Vela, fuera bien, y todos holgáramos. Mas, empero, habiendo habido tantas muertes y batallas entre los que vivos somos y los que murieron, no solamente no sería segura la entrada de vuestra merced en estos reinos, pero sería total causa que del todo se asolasen. Ninguno hay de parecer que vuestra merced entre en ellos, ni aun sabemos si podríamos escapar la vida al que otro dijese, ni sería parte para ello el señor gobernador Pizarro, segun en lo que todos están puestos. Todos estos reinos envían procuradores al Emperador y rey nuestro señor, con entera in-

formacion de cuanto en ellos ha pasado hasta hoy, desde que Blasco Nuñez (que Dios perdone) vino; dónde claramente muestran y prueban su inocencia y justificacion, y la culpa y braveza de Blasco Nuñez, que no les quiso conceder la suplicacion de las ordenanzas, sino no ejecutarlas con todo rigor, haciendo guerra y fuerza en lugar de justicia. Suplican al Emperador confirme al señor Gonzalo Pizarro en la gobernacion del Perú, como al presente la tiene, pues él es por sus virtudes y servicios merecedor dello, amado de todos y tenido por padre de la patria; mantiene la tierra en paz y justicia, guarda los quintos y derechos del Rey, entiende las cosas de acá muy bien, con la larga experiencia que tiene; lo que otro no entendería sin primero haber recibido la tierra y gente muy grandes daños. Confiamos en el Emperador que nos hará esta merced, porque no hemos faltado á su real servicio con cuantos desconciertos y guerras furiosas nos han hecho sus jueces y gobernadores, que han robado y destruido las haciendas y rentas reales; y que aprobará todo lo que hecho habemos en defensa nuestra y en prosecucion de la apelacion de las ordenanzas. Perdon, ninguno de nosotros le pide, porque no hemos errado, sino servido á nuestro rey, conservando nuestro derecho como sus leyes permiten; y certifican á vuestra merced que si Fernando Pizarro, á quien mucho queremos, viniera como vuestra merced viene, no le consentiríamos entrar acá, ó antes muriríamos todos sin saltar uno; ca no estimamos en esta tierra aventurar la vida por la honra en cosas aun no de mucho peso, cuanto mas en esta, que nos va la hacienda, honra y vida. A vuestra merced suplicamos, por el celo y amor que siempre ha tenido y tiene al servicio de Dios y del Rey, se vuelva á España, é informe al Emperador de lo que á esta tierra conviene, como de su prudencia se espera, y no dé ocasion que muramos en guerra y matemos los indios que de las pasadas han que dado, pues de la determinacion de todos otro fruto salir no puede. El capitán Lorenzo de Aldana va á negociar por estos reinos. Vuestra merced le dé todo crédito. Nuestro Señor la muy magnífica persona de vuestra merced guarde é ponga en el descanso que desea. Desta ciudad de los Reyes, y de octubre á 14 del año de 46.»

Hinojosa entrega la flota de Pizarro á Gasca.

Habia muchos dias que Pizarro andaba por enviar procuradores á España, y estaban hechos los poderes de todos los cabildos para Lorenzo de Aldana. Mas nunca lo despachaba, por estorbarlo Francisco de Carabajal, que no quería paz ni España; y despachólo entonces con esta carta para Gasca, dándole por compañero á Gomez de Solís. Envió tambien con él á Pero Lopez, ante quien habian pasado todos ó los mas autos. Rogó á fray Hierónimo de Loaisa, obispo de los Reyes, y á fray Tomás de Sant Martin, provincial de los predicadores, que fuesen con él, porque abonasen su partido con Gasca y con el Emperador, ó por echillos del Perú. Ofrecia Pizarro muchos dineros al Emperador, y pedía que le diese la gobernacion, y que no llevase quinto, sino diezmo por ciertos años. Esto iba con las otras cosas de la embajada. Escribió á Hinojosa, y dijo á Lorenzo de

Aldana, que diesen cincuenta ó mas millaros de castellanos á Gasca, porque se volviese á España, ó le matasen como mejor pudiesen; y con tanto los despidió. Ellos fueron á Panamá, dieron la carta á Gasca, y avisáronle cómo lo querían matar, para que se guardase. Certificáronle que Pizarro no lo recibiría, y cómo habia muchos en el Perú que lo deseaban ver allá, para pasarse á él en servicio de su rey. Gasca, que antes tambien se temía no le matasen, temió reciamente. E con la carta de los de Pizarro y nuevas que le daban, se declaró en todo lo que llevaba y en todo lo que hacer pensaba. Hinojosa entonces dió las naos de su voluntad, que fuerza nadie se la podía hacer, y por grandísima negociacion de Gasca y promesas. Por aquí comenzó la destruccion de Gonzalo Pizarro. Gasca tomó la flota, é hizo general della al mesmo Pedro de Hinojosa, y volvió las naos y banderas á los capitanes que las tenían por Pizarro, que fué hacerse fieles, de traidores. No cabía de gozo en verse con la armada, creyendo haber ya negociado muy bien; y á la verdad sin ella tarde ó nunca saliera con la empresa, ca no pudiera ir por mar al Perú; é yendo por tierra, como al principio pensara, pasara muchos trabajos, hambre y frio y otros peligros antes de llegar allá. Luego pues que Gasca se apoderó de la flota, envió por la artillería que habia en el Nombre de Dios al oidor Cianca, para mejor artillar las naos y para tener algunos tiros en el ejército. Puso en las islas á Pablo de Meneses, Juan de Llanes y Joan Alonso Palomino, con ciertos navíos que guardasen la costa, porque no fuese aviso á Pizarro de la entrega de la flota y aparato de guerra que se hacia contra él; los cuales tomaron á Gomez de Solís, que iba tras Aldana, y que declaró mas por entero la intencion de Pizarro. Envió tambien Gasca por gente y comida á Nicaragua, Nueva-España, nuevo reino de Granada, Santo Domingo y otras partes de Indias, avisando cómo tenía ya en su poder la armada de Pizarro, principalísima fuerza del tirano; ordenó un hospital (á fuer de corte) con su médico y boticario, que fué gran remedio para los enfermos que allí y en la guerra hubo; y dió el cargo dél á Francisco de la Rocha, de Badajoz, fraile de la Trinidad. Buscó dineros para pagar los soldados y socorrer los caballeros; y tan afable, tan cortés, franco y animoso se mostró, que lo tuvieron en harto mas que hasta allí los pizarristas, cotejando especialmente su prudencia con la presencia de hombre. Despachó asimesmo á Lorenzo de Aldana, Joan Alonso Palomino, Juan de Llanes y Hernan Mejía en cuatro naos con cartas para los del Perú, y mandó á Lorenzo de Aldana, que iba por general, que no tocasen en tierra hasta llegar á Lima; y que dando allí las cartas de perdon general y revocacion de las ordenanzas, apellidasen al Rey y corriesen la costa, yendo unos á Arequipa y volviendo otros á Trujillo. Dicen que para tener color á mover primero la guerra hizo una informacion contra Pizarro y sus consortes de cómo habian prendido á Paniagua, y de su dañada intencion y rebeldia; de suerte que se entendian los dos, y no se llevaban mas de los barriles.